

EN LA ROCA DE LA VIRGEN

(A M. H. León.)

Cuando al llegar a Biarritz salgo a dar mi primer paseo por la orilla del mar siento una emoción particular es decir **personalísima**.

Imaginaos la satisfacción del más poderoso de los reyes al volver a un país conquistado por él después de haber sostenido sangrientas luchas. Imaginaos la alegría de Harpagon contemplando todo el oro que había podido amontonar, pues bien, todas las alegrías y todos los goces del César o los del avaro no pueden compararse con los que yo experimento.

Pero quiero explicaros la causa.

La historia de mis propiedades en la Roca de la Virgen servirán tal vez para entretener sus nietos algunos minutos.

He mencionado mis propiedades en la Roca de la Virgen. Pero no vayan a creer los Biarrots que quiero monopolizar ese hermoso paraje. Para tranquilizarlos me apresuro a hacer mi relato y presentarles mis títulos de propiedad.

* * *

No recuerdo bien si fué la primera o la segunda vez que venía yo a pasar el verano a Biarritz. Boni que era entonces un niño paseaba conmigo. Vagan-

do sin rumbo fijo habíamos atravesado el puente de la roca de la Virgen y llegamos al túnel.

Allí había un banco de madera pintado de verde. Apenas nos habíamos sentado cuando Boni me llamó la atención acerca del lamentable estado de nuestro asiento. Habían hecho allí infinidad de inscripciones con cortaplumas. La mayor parte eran iniciales, las otras eran nombres completos y las incisiones que parecían cicatrices, me despertaban la idea del tatuaje, entretenimiento de algunos individuos que aún viven en el más primitivo estado de civilización.

—¿Por qué hacen eso? Me preguntó Boni.

—En todas las épocas y en todas las civilizaciones ha querido siempre el hombre dejar huellas de su existencia. Las pirámides de Egipto y esos arañazos en la madera tienen el mismo origen aunque el resultado sea tan distinto.

Boni se quedó un momento pensativo.

—Y si nosotros dejáramos también aquí la señal de nuestro paso?—me dijo.

No es mala idea.

En esto nos levantamos y salimos del túnel.

La amarillenta superficie de las rocas estaba sembrada de plantitas que brotaban en los huecos horadados por la naturaleza.

Tenían aquellas plantas hojas filamentosas y flores que se abrían en forma de paraguas. Guardaban muchas de ellas en su disecado cáliz las semillas prontas a propagarse. Semillas de corteza dura y talladas en facetas, lo que les permitía detenerse en su caída al primer obstáculo.

A los naturalistas toca daros el nombre de esas plantas, por lo que a mí se refiere puedo solamente aseguraros que cuando las vi, creí haber resuelto mi problema.

Aquellos vegetales me indicaron efectivamente el modo cómo podíamos realizar nuestro deseo. Gracias

a ellos íbamos a dejar impreso nuestro paso por entre aquellas rocas, y emprendimos con ardor la tarea que nos habíamos impuesto.

Recogimos muchas semillas y las echamos en aquellos huecos o agujeros donde el viento y la lluvia habían acumulado un poco de tierra. Dos o tres días después volvimos a continuar nuestra labor. A nuestra llegada a Biarritz el año siguiente, nuestra primera visita fué para la Roca de la Virgen.

Las semillas germinaron y las plantas habían brotado. Las manchas verdes eran más numerosas y nos sentíamos felices al contemplar aquellas rocas que habían enriquecido con nuevas joyas su tocado de esmeralda.

Y volvimos a coger de nuevo semillas para sembrarlas en los huecos vacíos.

Ya ve usted cómo hay algo que no puedo perder cualquiera que sean las vicisitudes de la vida y los reveses de la inconstante fortuna. He aquí la razón de decirlo hace poco, que cuando vuelvo a Biarritz y salgó a dar mi primer paseo por la orilla del mar, experimento una impresión **personalísima**. Si el derecho de propiedad tiene algún fundamento para que se le respete, creedlo, es porque la propiedad no es otra cosa más que trabajo acumulado.

Acabo de mostraros mis títulos de propietario en los que como usted ve no hay ni la sombra de un monopolio; nada que pueda excitar la envidia de los biarrotos.

Pero la historia no está terminada.

Un día Boni y yo paseábamos también por el mismo sitio. Veníamos de la Grande Plage, donde jugaban con la arena multitud de niños encantadores. Habíamos atravesado el puerto de Pescadores en el que se bañaban algunos muchachos. Al llegar cerca de la Roca de la Virgen el magnífico panorama del azulado Océano que empezaba a encrespase, llamó mi atención y nos detuvimos a contemplarlo.

Una señora muy elegante y muy guapa (entre paréntesis) pasó cerca de nosotros. Llevaba de la mano el bebé más hermoso que pueda usted imaginarse. El niño se fijaba en las plantas que se pavoneaban sobre las vertientes de las rocas.

—Mamá, ¿quién ha sembrado esas hierbas?, preguntó el niño, y la madre, viendo que eran plantas silvestres....

—Ha sido Dios, le respondió.

—¿Pero es que Dios baja por la noche a hacer eso?

—No ángel mío. Pero se sirve de los vientos y de... en fin de muchos instrumentos para hacer el bien.

Boni me miró satisfecho. Habíamos sido en cierto modo instrumentos de Dios, según la piadosa señora.

* * *

Como ve, la historia es muy sencilla. Cuéntasela, sin embargo a tus nietecitos. Siempre es bueno enseñar a los niños que se puede echar una semilla aún de plantas silvestres hasta sobre las rocas donde ellas mismas saben arraigar y hallar el medio de vivir.

Hay que enseñarles también que si en los pasados tiempos los hombres han confiado al golpe de una brillante espada el honor de escribir su nombre, existen también otros medios de dejar grabadas las huellas de su paso por el mundo.

Es preciso enseñar a las nuevas generaciones que se han fabricado demasiadas carretas y que se ha labrado la tierra lo bastante para que sea permitido escribir el propio nombre con el acero que deja siempre tras él el horrible rastro de las cicatrices.